

Todo lo que Vd. siempre quiso saber sobre los ángeles pero nunca se atrevió a preguntar, o de por qué los ángeles son sin-sexo

JORGE CAMÓN PASCUAL

Cielo sobre Berlín (o *Las alas del deseo*) es una fábula bien sencilla: es la historia de un encuentro amoroso. Eso nos cuentan los aproximadamente diez últimos minutos de película. El resto de la misma relata el proceso de transformación que sufre el hombre hasta encontrarse con la mujer, es decir, que nos explica cómo se hace *posible* dicho encuentro. La particularidad de esta historia consiste en que él es un ángel... un ángel que se hace hombre por amor a una mujer, que debe hacerse hombre para *poder* amar a una mujer.

Nuestra indagación sobre la figura del ángel va a servirse de este poético film de Wim Wenders, pero como fuente de inspiración, no como tema central del trabajo, pues éste excede los límites mismos queridos por el director. Nuestras reflexiones serán ateas en el sentido explícito que le da Lacan a este término... pues, al fin y al cabo, el Ángel, como Dios, es *inconsciente*.

* * * *

La *imago* del ángel ha subyugado, ha capturado a Occidente desde su misma fundación y hoy parece experimentar un fervoroso resurgimiento que nada tiene de casual, y que va mucho más allá de las operaciones de marketing en las que emerge más como síntoma de nuestro malestar que como objeto de consumo espiritual. En tanto síntoma del malestar actual, aparecen en los anuncios publicitarios multitud de ángeles sexualizados con cuerpos masculinos o femeninos que exhalan a un tiempo inocencia y seducción. Esa necesidad de sexualizar al ángel, lo veremos enseguida, delata el hecho de que algo de lo angélico se nos ha hecho *insoportable*. En tanto objeto de consumo espiritual, por otro lado, proliferan las publicaciones sobre ángeles guardianes, salvíficos, que guían nuestras vidas si aprendemos a invocarlos adecuadamente (bajo la consigna

comercial: “ponga un ángel en su vida”)... aunque algo nos dice que no puede ser tan fácil entrar en comunicación directa con el propio ángel de la guarda.

La imagen del Ángel que prevalece entre nosotros ha sido transmitida desde sus oscuros orígenes zoroastrianos por la tradición judeocristiana hasta nuestros días. Dante, Milton, Blake, Swedenborg, Rilke, Benjamín, Heidegger incluso, son sólo algunos nombres que testimonian el lento y constante fluir del ángel que atraviesa nuestra civilización, y que “continuará”, según reza el final de la película de Wim Wenders, que es depositario de toda esta tradición.

¿Qué tiene entonces el Ángel, que captura de tal modo nuestro imaginario? ¿O debemos decir que *estructura* nuestro imaginario?

Y decimos nuestro imaginario, porque ahí está la morada, el hogar del Ángel. El gran estudioso de la mística sufí, Henry Corbin, propone, amparado en los textos clásicos, que entre el mundo espiritual superior y el de la materia existe un *Mundos Imagialis*, que es el lugar de existencia del Ángel y el espacio en que se manifiesta. Aunque Corbin insiste en que el adjetivo *imaginal* nada tiene que ver con los aspectos de fantasía o de ilusión, no podemos dejar de sospechar que esta cartografía cósmica se parece demasiado a la topología de los tres registros Real, Simbólico e Imaginario. Pero entremos ya en el film de Wenders.

* * * *

La primera figura que Wenders asocia al Ángel es la del niño:

Cuando el niño era niño andaba con los brazos colgando,
quería que el arroyo fuera un río, que el río fuera un torrente
y que este charco fuera el mar.
Cuando el niño era niño no sabía que era niño,
para él todo estaba animado y todas las almas eran una (...)
Cuando el niño era niño era el tiempo de preguntas como:
¿Por qué yo soy yo y no soy tú?
¿Cuándo empezó el tiempo y dónde termina el espacio?
¿Acaso la vida bajo el sol no es sólo un sueño?
Lo que veo y oigo y huelo, ¿no es sólo la apariencia
de un mundo antes del mundo? (...)

Esta asociación se nos va a revelar como una identidad cuando, al final del film, concluya el poema manuscrito de Damiel:

(...) ahora sé lo que ningún ángel sabe.

La asociación Ángel/Niño aparece ya sabiamente recogida por el sentir y el decir populares: en efecto, a lo que más se parece un bebé, un *infans*, es a la visión de un ángel, por su pureza translúcida. En el film, sólo los niños pueden ver a los ángeles, pueden ver-se en ellos, se reconocen en ellos. La cuestión de la identidad (*¿Por qué yo soy yo y no soy tú?*) se resuelve en el niño gracias al júbilo de la experiencia especular: en la contemplación del ángel, el *infans* se ve a sí mismo, sustrayéndose así a la caótica experiencia de su fragmentación originaria (F1,F2).



F1

El poema inaugural de Wenders nos hace recordar que *Kind* es neutro, o sea, sin-sexo, previo a la diferencia (aunque haya nacido dotado de un sexo biológico). Y esa indiferenciación nos remite a su vez a la beatitud fetal y al estado fusional subsiguiente, como de esferas celestes, en las que el *infans* habita, y que lo marcarán con una serie de huellas némicas que no lo abandonarán ya durante el resto de su vida. Esas *sensaciones oceánicas de fusión* que Freud discutiera a Romain Rolland nos hacen ver cómo lo espiritual hunde sus raíces más profundas en el humus de la biología, en la vida intrauterina de cuyos enigmas nada sabemos. Quizá sea esa indiferenciación primordial entre Espíritu y Naturaleza la que nos ayude a comprender la íntima conexión que existe entre el Ángel y el animal. Lean si no las impresionantes visiones teriomórficas de Ezequiel.



F2

En ese mundo primigenio, la comunicación es tan inmediata entre madre e hijo que no necesita palabras, aunque éstas existan; sólo que éstas se constituyen como transubstanciación del flujo placentario que ha alimentado al feto hasta el momento de su alumbramiento. De nuevo nos hundimos en la biología, pues tal vez sea este el verdadero origen de Lalengua lacaniana: flujo amniótico de palabras, pronunciadas o no, entre madre e hijo.

La antigua discusión sobre la lengua de los ángeles se resuelve aquí: no hablaban griego, ni arameo... los ángeles se comunican por *telepatía*. El lenguaje de los ángeles es puro, perfecto. Frente a él, la palabra humana es impura, opaca, inmersa en el mundo y en el tiempo, testimonia y sufre la caducidad, el devenir, la condición mortal. Pero, por eso mismo, el poder nombrar las cosas, como diría Walter Benjamín, la posibilidad de salvarlas.

Con ello, podemos ya aventurar una fórmula del Ángel: la Voz es anterior a la Palabra, como lo sagrado lo es a lo religioso. Lo sagrado proviene de la Voz, lo religioso de la Palabra. La Voz es Destino; la Palabra, Elección. El Reino del Ángel es, pues la Voz, lo sagrado, el destino; el Reino del Hombre es la Palabra, lo religioso, la elección.

Pues bien, ese sueño secular del hombre de la comunicación telepática, inmediata, ya ha sido realizado: con la telefonía móvil, nunca la voz había sido tan ubicua; la función hierofántica del Ángel ha quedado sintetizada en estos pequeños aparatos. Al igual que en Internet: WWW (World Wide Web) nos dice la verdadera fórmula del panteísmo postmoderno. Recuerda, estás en *Matriz*.

Nosotros mismos, portadores y usuarios de móviles y PCs, nos *angelizamos*, al convertirnos en *mediums, speculi* de la voz, siempre dispuestos a recibirla y transmitirla. A la realidad virtual hemos agregado ahora una (a)temporalidad virtual. Desprendidos por fin del tiempo y el espacio que rigen las leyes del universo material, y que hasta ahora habían supuesto nuestra cárcel, nuestro límite, cumplimos nuestro anhelo más profundo: liberarnos de nuestra carne opaca y corruptible para acceder a ese cuerpo sutil eterno prometido por nuestras religiones. En el fondo, entonces, *angelizarnos* supone el deseo último de desvanecernos como sujetos (sujetos dolientes, sujetos a nuestra naturaleza)... para convertirnos ¿en qué? En objetos.. ¿De quién o de qué? De la ciencia. Desaparecer como sujetos bajo la inmensa maquinaria de los genes, de lo neuronal (el discurso médico) o de las redes sociales... pues si no somos responsables últimos de nuestros actos, de nuestra conciencia, de nuestros avatares, entonces estamos redimidos de antemano. *R.I.P.*, salvación eterna, resurrección de los cuerpos en la consumación de los tiempos, depurados por fin, asexuados por toda la eternidad.

Este proceso de *angelización* del que hablamos tiene una de sus figuras en el mito del *Alma Bella* que Goethe perfilara saliendo de las Luces y abocándose ya a las tinieblas fáusticas, en cuyo fondo moran, eternas e inmutables, las Madres. De esa misma *Spaltung* entre el *Alma Bella* y *Mefistófeles* va a ser heredero precisamente el Inconsciente freudiano; pues, con su introducción del Yo-Ideal y los avatares del narcisismo, Freud nos abre la posibilidad de cuestionar el discurso secular sobre el Ángel. En efecto, él va a subvertir el Inconsciente romántico (del cual Jung se nombraría a sí mismo príncipe sucesor), en el cual se había instalado con todo su fulgor el Ángel primordial. Y entre medias de ambos, Goethe y Freud, Rilke que, con sus *Elegías de Duino*, inaugura la angelogía del s. XX:

Pues lo hermoso no es otra cosa que el comienzo de lo terrible
en un grado
que todavía no podemos soportar y si lo admiramos tanto es
sólo porque,
indiferente, rehúsa aniquilarnos. Todo ángel es terrible.

(Elegía I)

Rilke, que decidió renunciar a psicoanalizarse, a instancias de Lou Salomé, y seguir siendo ángel para legarnos su inmenso testimonio, su visión.

Mas ¿qué tendría el Ángel de terrible? Massimo Cacciari, en su hermoso y profundo ensayo *El Ángel necesario*, nos recuerda la afinidad entre el Ángel y Narciso, inspirado en un poema de Paul Valéry. El Ángel se mira en el espejo y reconoce la imagen del hombre. Es tentado por el hombre. Su conocimiento perfecto, idéntico a sí mismo, *speculum* del *Abconditum*, de lo divino, se fragmenta. Desconcertado, sobrecogido, se descubre deseando, abocado a lo finito. Ha sorprendido en el hombre un conocimiento del que él carece, un saber que en el hombre es inconsciente, un saber de lo sexual. Y entonces el Ángel quisiera descansar de todos sus eones de perfecta sabiduría.

A su vez, el hombre halla en el Ángel su doble perfecto, su Yo-Ideal en el sentido literal del término. Tanta finitud, tanta culpa, tanto dolor; ese ardor, ese anhelo de algo superior, no sabe qué, que nunca se sacia. En el hombre, la pulsión de muerte tal vez sólo sea, como aventura Françoise Dolto, deseo de descansar... descanso ilimitado que adviene al hombre a través de esa imagen fundante que es el paraíso perdido. La recuperación de ese paraíso es lo que mueve al hombre a angelizarse, a retornar, a volver a convertirse en ese niño luminoso, perfecto, falo de la madre.

Pero ¡ay! No se puede permanecer allí por mucho tiempo. De ahí la bíblica lucha con el Ángel: *no te dejaré hasta que me hayas bendecido*. Acordaos del *Demian* de Hermann Hesse. La ecuación NIÑO-FALO-ÁNGEL nos revela entonces ese *representante narcisista primario*, el *infans*, en formulación de Serge Leclair, del que nunca podemos escapar del todo, pero al que siempre debemos renunciar (*¿Podríamos ser sin ellos?*, se pregunta Rilke al final de su Elegía I).

Recuerden, en fin, cuán terrible puede ser el ángel en esa especie de esquizoanálisis filmico de la familia que es *Teorema*, de Pasolini. En ella, todos los miembros de una familia burguesa se ven confrontados a su propio *infans* tiránico a partir de la visita de un invitado, que lleva a cada uno a enfrentarse y sucumbir a la desnudez brutal de la pulsión (representada por el desierto, lugar de Revelación para el sujeto de una verdad que hasta entonces ha permanecido inconsciente).

* * * *

El proceso de angelización que venimos describiendo tiene de todos modos su eclosión en Occidente en la época del Amor Cortés. Con él se realizó aquella operación psíquica por la que el hombre-ángel elevó a la Dama a la dignidad de la Cosa. Ese ideal no ha desaparecido hoy; tal vez se ha reprimido, asediado por el avance del pensamiento feminista y marxista. Sólo que al reprimirse se ha vuelto más peligroso aún. Pues, buscando recrear esa Dama, el hombre la forzó en su imaginario a ocupar una posición insostenible. Si la Dama acepta, sumisa, su papel, no habrá problema. Pero si se rebela contra él, la Dama se transforma en *Dómina* (imagen muy extendida en la pornografía de nuestros días), y el pobre ángel impotente incestuoso no tiene entonces más remedio que bruñir sus armas y emplear la violencia doméstica, la cólera divina, para poner las cosas en su sitio. La mujer no quiere ser Dama, ya no es, no existe ya. Pero *Lamujer no existe* significa: ¿qué es la mujer, entonces, si no es el relleno de los moldes imaginarios masculinos? Es decir, si se la despoja de todas sus envolturas psíquicas (madre, prostituta, amante, amazona, dómina, esclava, *femme fatale*...) ¿qué queda? ¿se reduciría entonces a ser nada más que síntoma del hombre? Porque, si esto es así, estamos callando algo que de tan obvio produce rubor pronunciar, y es que en el horizonte de la cura analítica, la pregunta por el síntoma llevaría finalmente a subvertir la famosa pregunta de Freud y cuestionar con ello el deseo masculino: “¿Qué quiere el hombre?”

Nos preguntamos por el deseo del hombre, y es que, gracias a la existencia anatómica de su polémico miembro, él puede fácilmente creerse autorizado a negar la castración original que lo constituye como ser hablante. Mientras la mujer, al “saberse” castrada desde el principio, no necesitará suturar esa brecha inconsciente que atormenta al hombre. Ella se presenta al hombre, lo seduce, lo llama, para mostrarle la verdad por él negada: “Aquí está lo que buscas, ven y tómalo, pero para ello, debes renunciar a ser un ángel. Yo no puedo amar a un ángel; soy de carne y tierra y agua y fuego”.

* * * *

En fin, si el destino de todo hombre es ascender, elevarse, el destino de todo ángel es caer. Caer es perder la unidad narcísica, implica una elección, un *derrotero* (pues toda elección lleva intrínseca la posibilidad del fracaso, de la derrota). En el Reino del Uno no hay elección posible. Por eso la sexualidad se ha volcado en el mito y la religión del lado de la tentación y la caída, de lo diabólico: *dia-bolein*, lo que separa, contrario a lo *sym-bolein*, lo simbólico, lo que unifica; decimos lo que separa, la sexualidad, sex, secare, seccionar, cortar. En el film de WW, el muro de

Berlín se establece como metáfora de dicho corte, muro que Damiel ha de atravesar, es decir, que tiene que asumir, y cuyas inscripciones (graffitis en el film) tiene que empezar a interpretar (pregunta por los colores)... Así pues, esquizia de lo sexual, que se manifiesta en un doble sentido, referido en ambos casos al representante fálico: por un lado, ángel-hombre; por otro, hombre-mujer. He aquí la diferencia irreductible de los sexos.

Si las alas del Ángel nos elevan hasta esa *contemplatio*, hasta el *Amor intellectualis Dei* de Spinoza, las alas del deseo nos transportan a regiones humanas en las que el gozo del vuelo es inseparable del riesgo de hacer. En *Un recuerdo infantil de Leonardo da Vinci*, Freud se refiere al deseo de volar (y con ello de "tener alas") como el anhelo por parte del niño de dominar (como los adultos) la relación sexual. Pero dicho deseo de volar también ha de referirse a la dialéctica del *ser el falo*, falo alado de las representaciones de la Antigüedad que cita Freud, falo alado libre como Peter Pan, el eterno niño perverso de Barrie/Disney que surca los cielos del País de Nunca Jamás... pero también el Ícaro de la leyenda, cuyas alas ortopédicas fundió el Dios-Padre-Sol, precipitándolo al mar. Pues cortarle a alguien las alas, al fin y al cabo, no es sino arrebatarle cierta *ilusión* de libertad, apagar cierta *hybris*... en definitiva, introducir el límite a su goce por medio de la operación de la castración simbólica.

En *El Cielo sobre Berlín* el escenario de esta aventura es el circo/círculo, recinto sagrado, lugar de la cratofanía. Ahí entra en escena Marion, la trapecista, constituida como señuelo a la vista del hombre (F3, F4). Frente a esta revelación, toda la voluntad del ángel Damiel no es otra que caer. Su mundo en blanco y negro, visión del Ángel que sólo percibe Luz y Tinieblas, Bien y Mal, Dios y Diablo, se abre a la visión en color del mundo del deseo humano; ha caído de un universo presidido por la Voz a otro repleto, constituido por objetos y sensaciones (el dulce sabor de la sangre –discreto homenaje a Frank Capra (F5)–, el calor reconfortante del café recién hecho, la tersura del hombro de Marion y su espléndida desnudez, etc.) (F6, F7, F8), objetos parciales, sí, pero que son fuente de placer, aureolados por la nostalgia de aquel Objeto único perdido para siempre.



F3



F4



F5



F6



F7



F8

* * * *



F9



F10



F11

Por todo ello, frente al universo de la voz ucrónica, somos testigos de la apertura a la palabra y al relato de Dios-Padre-Homero, aquel que permite integrar ese devenir ángel-hombre y esa deriva de objetos en la cadena de las generaciones, en el universo simbólico, en el lazo social.

Si el relato desaparece (*Si Dios está muerto, todo está permitido*, había denunciado Dostoievsky), el hombre queda librado a su propia suerte, atrapado en su Yo-Ideal, para el cual cualquier semejante amenaza con desintegrar su ilusoria Unidad. El Ideal del Yo, sostenido por el Padre, queda pervertido y al servicio de la instancia narcísica, y es entonces cuando *un fantasma recorre Occidente*: el fantasma del incesto. Esto significa que entre el Otro y yo no puede haber semejante, prójimo, *Nebemensch*: ha de ser eliminado, destruido, pues ha venido para robar mi goce, o para mostrarme obscenamente su goce-otro, que me deja en ridículo. Holocausto, solución final, ángeles negros cubren la tierra (F9, F10, F11). Subversión definitiva del Cielo cristiano, poblado de cohortes angélicas y querubínicas; en su lugar, un mundo regido por arcángeles guerreros, legionarios al servicio del Dios de los Infiernos... ángeles arios, ángeles invertidos que anuncian el fin, *que quieren* el fin. Hay demasiados indicios por todas partes que demuestran que aún no hemos salido de aquella era. Esto debe movernos a reflexión.

¿Puede el mundo ser aún salvado? Los ángeles del Apocalipsis, como aquellos que luchan contra *Matriz*, nos advierten, desde lo más profundo de nuestro imaginario judeocristiano, que el fin de los tiempos puede suceder ahora, en cualquier momento.

¿Qué hacer entonces frente a un mundo ausente de Ideales elevados que, como nos recuerda Gerard Pommier, *escapa no sólo al relato, sino a la nostalgia del relato*? Sin duda, no tenemos otra alternativa de supervivencia que restaurarlo. De esa necesidad nació el psicoanálisis: toda posibilidad de una clínica del sujeto y del lazo social ha de fundarse en la recuperación del relato.



F12

¿Y dónde hallar ese relato? En el llamamiento que Marion hace a Daniel al final del film (F12):

¡Hay que acabar con el azar! ¡Luna nueva de la decisión! ¡No sé si hay un destino, pero hay una decisión! ¡Decídetes! Ahora nosotros somos el tiempo (...) Estoy lista. Ahora es tu turno. Tienes el juego en tus manos Ahora... o nunca. (...) No hay historia mayor que la nuestra, la del hombre y la mujer.

Un relato que se inicia allí donde dos cuerpos se encuentran (F13, F14). Es un relato universal,

siempre lo Mismo, siempre Otro. ¿Qué quiere la mujer? ¿Qué quiere el hombre? ¿Qué queremos, juntos?

Si la anatomía es destino la diferencia sexual es elección, siempre en el riesgo permanente entre el vuelo y la caída. La posibilidad del encuentro viene a salvarnos de la imposibilidad de la relación sexual. *No sé si hay un destino, pero hay una elección.* Por eso el film de Wim Wenders no acaba con un *The End*, sino con un *Continuará (Fortsetzung folgt)* (F15).

Bibliografía esencial

- BLOOM, Harold: *Presagios del milenio. La gnosis de los ángeles, el milenio y la resurrección*, Anagrama, Barcelona, 1997.
- CACCIARI, Massimo: *El ángel necesario*, Col. La balsa de la Medusa, Visor, Madrid, 1989.
- COHEN, Ester: *El silencio del nombre. Interpretación y pensamiento judío*, Anthropos, Barcelona, 1999.
- CORBIN, Henry: *El hombre y su ángel. Iniciación y caballería espiritual*, Destino, Barcelona, 1995.
- CORRAL, Natividad: *El cortejo del mal. Ética feminista y psicoanálisis*, Talasa eds., Madrid, 1996.
- FOUCAULT, Michel: *Siete sentencias sobre el séptimo ángel*, Arena Libros, Madrid, 1999.
- JIMÉNEZ, José: *El ángel caído. La imagen artística del ángel en el mundo contemporáneo*, Anagrama, Barcelona, 1982.
- LECLAIRE, Serge: *Matan a un niño. Ensayo sobre el narcisismo primario y la pulsión de muerte*, Amorrortu, Buenos Aires, 1990.
- LECLAIRE, Serge: *Escritos para el psicoanálisis. I Moradas de otra parte (1954-1993)*, Amorrortu, Buenos Aires, 2000.
- POMMIER, Gérard: *Les corps angéliques de la postmodernité*, Calmann-Levy, París, 2000 (trad. esp., *Los cuerpos angélicos de la postmodernidad*, Nueva Visión, Buenos Aires, 2002).
- RILKE, Rainer María: *Elegías de Duino*, Hiperión, Madrid, 1999.
- SCHOLEM, Gershom: *La Cábala y su simbolismo*, Siglo XXI, Madrid, 1992.
- WENDERS, Wim & HANDKE, Peter: *Der Himmel ÜberBerlin. Ein Filmbuch*, Suhrkamp Verlag, Frankfurt am Main, 1990.



F13



F14



F15



Santa Cecilia: Stefano Maderno, 1600. Santa Cecilia in Trastevere, Roma.

Sg. III (232). Su culto es muy antiguo, y su historia poco conocida. Es la patrona de los músicos. Su fiesta el 22 de Noviembre.

Según el romance fue entregada como esposa, contra su voluntad, a un joven pagano, Valeriano. En su noche de bodas, Cecilia le reveló que estaba desposada con un ángel que guardaría su cuerpo. Valeriano aceptó el bautismo con la promesa de ver al ángel, que se les apareció en efecto, coronándoles de flores –rosas y azucenas. Valeriano fue entregado al martirio. Tras su muerte, Cecilia fue condenada a morir asfixiada en el baño de su propia casa, pero resultó ilesa. Se determinó entonces su decapitación. El verdugo la hirió 3 veces con el hacha, sin conseguir separar la cabeza del tronco, y huyó. Cecilia murió a los 3 días. Según consta en el acta de su martirio "al canto de los órganos, Cecilia oraba..."